

MIS CUENTOS PREFERIDOS
DE HANS CHRISTIAN

ANDERSEN

COMBEL

MIS CUENTOS PREFERIDOS
DE HANS CHRISTIAN

ANDERSEN

Ilustraciones de Jordi Vila Delclòs
Traducción de Jimena Licitra



Combel
EDITORIAL

© 2007, Jordi Vila Delclòs para las ilustraciones
© 2007, Combel Editorial, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
combel@editorialcasals.com

Traducción: CÁLAMO&CRAN, S.L. (Jimena Licitra)
Diseño gráfico: Pepa Estrada

Cuarta edición: junio de 2012

ISBN: 978-84-9825-015-2
Depósito legal: B-41952-2010

Printed in Spain
Impreso en Índice, S.L.
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

9	Prólogo
13	El encendedor
25	La princesa y el guisante
29	La sirenita
61	El traje nuevo del emperador
69	El soldadito de plomo
77	El ruiseñor
91	El patito feo
105	La pastora y el deshollinador
113	La pequeña vendedora de cerillas
117	El compañero de viaje
141	Lo que hace el viejo bien hecho está
149	Las flores de la pequeña Ida
161	La Reina de las Nieves
209	El porquerizo
217	El duende del charcutero

PRÓLOGO

Si alguna vez vais a Copenhague, la capital de Dinamarca, podréis ver, en una de las principales plazas de la ciudad, un monumento al escritor Hans Christian Andersen, el autor de la selección de cuentos que presentamos a continuación. Asimismo, en Copenhague, si vais al puerto, podréis admirar una estatua de bronce que representa una sirenita. Esta sirenita es la protagonista de uno de los relatos de este libro, *La sirenita*, uno de los cuentos más conocidos de Andersen. Hoy en día, dicha estatua de bronce es como un símbolo de la ciudad, y es conocida en todo el mundo. Andersen es, sin duda, la gran figura nacional de Dinamarca, y el más famoso de todos sus escritores.

Hans Christian Andersen nació en 1805 en Odense, una pequeña ciudad de la isla danesa de Fyn. Su padre era zapatero y tenía problemas económicos, por lo que su madre tenía que ayudarlo lavando ropa. Así pues, podemos afirmar que Hans Christian procedía de una familia muy humilde. Sin embargo, Andersen siempre recordó los primeros años de su vida como una época feliz. Su padre le contaba cuentos y le construyó un pequeño teatro en el que aquel niño imaginativo hacía representaciones con personajes de papel recortado. Los argumentos de dichas representaciones se basaban en las historias que le contaban su padre y su abuela. No obstante, su padre tuvo que ir a la guerra y, cuando volvió a casa, cayó gravemente enfermo; murió cuando el niño acababa de cumplir doce años. Andersen trabajó en diversos oficios para ganar algo de dinero y, finalmente, cuando tenía catorce años, se marchó de Odense, su ciudad natal, para partir hacia Copenhague, la capital, con la intención de hacerse un hueco en aquello que le gustaba: el teatro, la poesía y el mundo de las letras en general. Fueron años duros y tortuosos, que aparecen reflejados en sus narraciones, pero gracias a la ayuda

que recibió de algunas personas pudo estudiar y, finalmente, consiguió lo que quería: ser escritor.

La obra literaria de Andersen es muy variada. Escribió novelas, poesía, obras de teatro, artículos periodísticos y libros de viaje. Sin embargo, sus cuentos maravillosos, destinados a los más jóvenes pero leídos por gente de todas las edades, son los que lo hicieron célebre, confiriéndole una fama universal que no ha parado de crecer con el paso de los años. Para dichos relatos, Andersen se inspiró en los cuentos y leyendas de los países nórdicos, en los que predominan los elementos fantásticos y donde los animales, plantas y otros objetos cobran vida y actúan y hablan como si fueran personas. No obstante, la mayoría de los cuentos que escribió, alrededor de doscientos, son originales, es decir, inventados por él, a diferencia de otros famosos autores de cuentos, como Perrault y los hermanos Grimm, que transcribieron las narraciones que habían recogido de boca de la gente del pueblo. Algunos de los cuentos de Andersen son un poco tristes y no siempre tienen un final feliz. Sin embargo, en todos ellos se manifiestan la imaginación, la sensibilidad y también, a menudo, el sentido del humor del autor. Narraciones como *El soldadito de plomo*, *El ruiseñor*, *El traje nuevo del emperador*, *La pequeña vendedora de cerillas*, *La sirenita* y *El patito feo* forman parte del conjunto de textos más célebres, y también más traducidos y leídos, de la literatura universal. Uno de estos cuentos, *El patito feo*, tiene un cierto carácter autobiográfico, porque Andersen, como el patito del cuento, pasó de ser un niño pobre, desvalido y tratado sin consideración, a ser un hombre célebre, admirado y bien considerado por todo el mundo.

De las otras obras de Andersen, la única que todavía se lee es su autobiografía, titulada *La aventura de mi vida*. Hans Christian Andersen murió en Copenhague en 1875, a la edad de setenta años.

En el presente volumen, hemos seleccionado quince de los cuentos más representativos y más conocidos de Andersen, que pueden dar una idea del conjunto de su vasta obra como cuentista y que siguen siendo de gran interés para los lectores de hoy día. Dicen que uno de los secretos del éxito extraordinario que Andersen tuvo con estos relatos se debe a su lenguaje sencillo, limpio y pulido, sin la artificiosidad literaria tan habitual en la mayoría de los escritores de su tiempo. Nosotros, en nuestra versión, hemos intentado, con gran afán, ser fieles al carácter de los relatos del gran escritor

danés, de forma que nuestro texto también tenga la fluidez y la naturalidad de sus cuentos originales.

Un elemento que debe ser justamente valorado en nuestra edición son las ilustraciones, originales de Jordi Vila Delclòs, uno de nuestros mejores ilustradores actuales. Sus ilustraciones son a la vez poéticas y realistas, y se caracterizan por la fidelidad y la exactitud de su ambientación. Los cuentos de Andersen no deben de situarse en una época remota, sino en una época un poco anterior a la del autor. Tanto es así que el vestuario de los personajes, los uniformes militares, los pueblos y las ciudades, las calles, los interiores de los grandes palacios y de las casas de la gente sencilla que Jordi Vila ha representado en sus dibujos corresponden perfectamente a la época en que se supone que Andersen situaba sus relatos, alrededor de doscientos años antes del nacimiento del autor. Por otro lado, también hemos de destacar los ambientes exóticos en los que transcurren algunos cuentos, como, por ejemplo, *La sirenita* y *El ruiseñor*, que permiten el verdadero lucimiento de nuestro artista. Al placer de leer, o de releer, unas narraciones que conservan un atractivo que no decae se suma ahora el placer de admirar unas ilustraciones que son auténticas obras de arte.

Albert Jané



• • •

EL ENCENDEDOR

Esto era un soldado que marchaba muy ufano por la carretera, como andan los soldados a ritmo de paso ordinario: ¡un, dos!, ¡un, dos! Llevaba la mochila a la espalda y un sable al costado, pues había estado en la guerra, y ahora iba de regreso a su casa. En el camino se cruzó con una vieja bruja. ¡Era feísima, con aquel horrible labio inferior colgándole casi hasta el ombligo! La bruja se dirigió a él:

–Buenas tardes, soldado. Se ve que eres un soldado entero y verdadero, con esa mochila tan grande y ese imponente sable. Ya verás, ¡te ayudaré a conseguir todo el dinero que quieras!

–Gracias, vieja bruja –dijo el soldado.

–¿Ves aquel árbol? –la bruja señaló un gran árbol que crecía no lejos de donde ellos estaban–. Por dentro está completamente hueco. Si subes a la copa, verás que en el tronco hay un agujero. Métete dentro y baja hasta el fondo. Yo te voy a atar esta cuerda a la cintura, para ayudarte a subir cuando me avises.

–Y una vez dentro ¿qué tengo que hacer? –preguntó el soldado.

–¡Pues sacar montones de dinero! –respondió la bruja–. Cuando llegues abajo, verás un pasillo muy largo, iluminado por más de cien lámparas. Encontrarás tres puertas con la llave en la cerradura, conque podrás abrirlas sin problema. En el centro de la primera habitación hay un arcón muy grande, y encima del arcón verás un perro con ojos enormes, del tamaño de dos

tazas de té; pero tú no tengas miedo. Te voy a dejar mi delantal azul; extiéndelo en el suelo y reúne coraje para coger al perro en tus brazos y ponerlo encima del delantal. Después podrás abrir el arcón, que está lleno de monedas de cobre, y coger todas las que quieras. Pero, si prefieres monedas de plata, ve a la siguiente habitación. En ella hay un perro con los ojos tan grandes como dos ruedas de molino. Pero tampoco le tengas miedo: tú ponlo encima del delantal y llévate todo el dinero que desees. En cambio, si lo que quieres es oro, conseguirás todo el que se te antoje; no tienes más que ir a la tercera habitación. Eso sí: el perro que hay en ésta tiene los ojos inmensos, del tamaño de dos torreones. Éste sí que es un perrazo formidable, te lo aseguro, pero tampoco tienes nada que temer, pues no te hará nada: coge al animal, siéntalo encima de mi delantal y llévate todo el dinero que quieras.

—¡No está nada mal! —exclamó el soldado—. Pero dime, bruja, ¿y a ti qué te traigo? ¡Porque digo yo que tú querrás algo para ti!

—Nada, no quiero ni un céntimo —respondió la bruja—. Para mí trae sólo un viejo encendedor que se dejó mi abuela olvidado la última vez que estuvo ahí.

—Bueno, pues entonces, venga, átame la cuerda a la cintura —se animó el soldado.

—Ya está, y aquí tienes mi delantal a cuadros azules —replicó la bruja.

El soldado trepó al árbol y se metió por el agujero. Tal y como había indicado la bruja, llegó al pasillo que estaba iluminado por cientos de lámparas. Cuando abrió la primera puerta, ¡ay!, el perro estaba allí sentado, mirándolo fijamente con sus dos ojos tan grandes como tazas de té.

—Bonito, bonito... —le decía el soldado; lo posó encima del delantal de la bruja y se llenó los bolsillos con todas las monedas de cobre que pudo.

Luego volvió a poner al animal donde estaba y fue a la segunda habitación. Pero, ¡huy!, al entrar se topó con el segundo perro, el que tenía los ojos como ruedas de molino.

–No me mires así –le dijo el soldado–, que te van a doler los ojos. –Y sentó al perro encima del delantal. Cuando vio la inmensa cantidad de monedas de plata que desbordaban la gran caja, se deshizo en un periquete de todas las piezas de cobre que había cogido y se llenó los bolsillos y la mochila con toda la plata que pudo.

Luego pasó a la tercera habitación. ¡Qué horror! No era una broma: ¡aquel perro tenía los ojos del tamaño de dos torreones! ¡Y para colmo giraban en su cara como norias!

–Buenas tardes –el soldado lo saludó llevándose la mano a la gorra, pues no había visto un perro como aquél en toda su vida. Se quedó contemplándolo un rato y, cuando hubo saciado su curiosidad, lo bajó al suelo, abrió la caja de monedas y... ¡qué barbaridad! Había allí oro como para comprarse la ciudad de Copenhague entera, y todos los cerditos de caramelo de las pastelerías, todos los soldaditos de plomo, los látigos y los caballitos balancines del mundo. ¡A eso lo llamaba él una fortuna!

En menos que canta un gallo el soldado se sacó de los bolsillos y de la mochila todas las monedas de plata que había cogido antes y las sustituyó por las de oro. Se llenó a rebosar todos los bolsillos, la mochila, la gorra y hasta los zapatos. ¡Casi no podía ni andar! ¡Cuánto dinero tenía! Volvió a sentar al perro encima del arcón, cerró la puerta tras de sí, y desde abajo gritó a la bruja:

–¡Ya puedes subirme, vieja bruja!

–¿Tienes el encendedor? –preguntó ella.

–¡Anda, es verdad! Se me había olvidado –dijo, y se volvió a buscarlo.

La bruja lo ayudó a subir. Ya estaba el soldado de vuelta en la carretera, con los bolsillos, la mochila, los zapatos y la gorra atiborrados de monedas de oro. Entonces preguntó:

–¿Y para qué quieres el encendedor?

–Eso a ti no te importa –contestó la bruja–. Ahora tienes mucho dinero. Tú dame el mechero y no hagas preguntas.

–¡Eh, eh! Un momento –dijo el soldado–. Dime ahora mismo lo que piensas hacer con él, o desenvaino mi sable y te corto la cabeza.

–¡Que no! –insistió la bruja.

Entonces el soldado le cortó la cabeza, y la bruja cayó al suelo cuan larga era. El soldado envolvió todo el dinero con el delantal, hizo con él un hato y lo cargó a la espalda; se metió el encendedor en el bolsillo y se fue derecho a la ciudad.

¡Qué hermosa ciudad era aquella! Se dirigió a la mejor posada y pidió la habitación más cara y, para comer, sus platos preferidos, pues ahora, con tanto dinero, era un hombre rico.

El criado al que le tocó limpiar las botas del soldado pensó: «Vaya botas más viejas para un caballero tan rico», pues el soldado aún no se había comprado calzado nuevo. Al día siguiente adquirió unos buenos zapatos para andar y vestidos elegantes. Se había convertido en un caballero muy distinguido. Le explicaron todas las cosas que merecían la pena en la ciudad, y le hablaron del rey; y le contaron también lo hermosa y delicada que era la princesa.

–¿Y sería posible verla? –preguntó el soldado.

–En absoluto. Nadie puede ver a la princesa –le respondía todo el mundo–. Vive recluida en un gran castillo de cobre, amurallado y con infinitos torreones. Nadie más que el rey puede entrar y salir de él, pues una profecía dice que la princesa se casará con un soldado raso, y el rey quiere evitar a toda costa que dicha profecía se cumpla.

«Me encantaría verla», pensó el soldado. Pero al parecer era completamente imposible.

El soldado disfrutaba de la buena vida: iba al teatro, paseaba en coche por los jardines del rey y era generoso con los pobres; les daba mucho dinero, pues él sabía muy bien cuánto les costaba a los pobres conseguir unas monedas, ya que él mismo había pasado por ello. Ahora que era rico y distinguido, se había hecho muchos amigos, y estaba encantado, pues todos sin

excepción lo ponían por las nubes diciendo que era una buenísima persona y un auténtico caballero.

Sin embargo, como el soldado gastaba dinero todos los días, pero no ganaba nada en absoluto, al final sólo le quedaron unas perrillas de nada y se vio obligado a cambiar su lujosa habitación por una inmunda buhardilla arriba del todo; además, tenía que limpiarse él mismo los zapatos y remendarlos con una aguja de zurcir. Para colmo, ninguno de sus amigos venía a visitarlo, porque vivía en el último piso y eran demasiadas plantas para subir andando.

Un día, cuando ya era casi de noche, nuestro soldado no tenía ni para comprarse una vela. Entonces recordó que quedaba un trozo de mecha del chisquero que había cogido en el árbol de la bruja. Sacó el mechero y el trozo de mecha, pero, en cuanto frotó el pedernal y saltaron chispas, se abrió la puerta y apareció ante él el perro de los ojos como tazas de té, el que había visto dentro del árbol, y le dijo:

—¿Qué ordena mi señor?

—¿Qué es esto? —se asombró el soldado—. ¡Vaya un encendedor más extraordinario! ¡Me concede lo que deseo! —y ordenó al perro—: Consígueme algo de dinero —y, ¡hop!, en un santiamén el perro desapareció y volvió a aparecer con una bolsa llena de monedas en el hocico.

Entonces el soldado descubrió los maravillosos poderes de aquel mechero. Si chiscaba una vez, aparecía el perro que vio sentado encima del arcón de monedas de cobre. Si chiscaba dos veces, acudía el de las monedas de plata. Y, si daba tres golpes, venía el perro guardián del oro. El soldado volvió a alquilar sus lujosas habitaciones, se puso de nuevo sus elegantes vestidos, y sus amigos lo reconocieron enseguida y volvieron a alabar sus buenas cualidades.

Un día pensó: «Esto de que esté prohibido ver a la princesa es muy extraño. Por lo que cuenta todo el mundo, debe de ser el colmo de la belleza. Y total ¿para qué? ¡Para quedarse encerrada entre las torres de ese dichoso cas-

tillo de cobre! Tengo que encontrar algún modo de verla... Mi mechero, ¿dónde está mi mechero?». Chiscó el encendedor y, ¡hop!, se presentó en el acto el perro con los ojos como tazas de té.

–Ya sé que estamos en plena noche –le dijo el soldado–, ¡pero daría lo que fuera por ver a la princesa, aunque sólo sea un momento!

El perro salió ipso facto, y al soldado no le dio tiempo ni a pestañear, que ya estaba el perro de vuelta con la princesa. La traía tumbada sobre su lomo, dormida, y tenía un aspecto tan encantador que se veía claramente que era una auténtica princesa. Sin poder contenerse, el soldado le dio un beso, puesto que también él era un auténtico soldado.

El perro fue corriendo a devolver a la princesa a su castillo; pero por la mañana, mientras el rey y la reina la acompañaban en el desayuno, la princesa confesó que había tenido un sueño muy raro con un perro y un soldado; había estado cabalgando montada sobre el perro, y el soldado le había dado un beso.

–¡Pues menuda historia! –dijo la reina, y ordenó que una de las viejas damas de la corte vigilara la cama de la princesa, para averiguar si se trataba de un sueño o de otra cosa.

El soldado estaba desesperado por ver a la princesa, y el perro volvió por la noche a buscarla, la montó sobre su lomo y cabalgó todo lo rápido que pudo, pero la dama de la reina se calzó unas botas altas y salió disparada a perseguir al perro. Cuando vio que se metía en la gran casa, pensó: «Ya sé dónde están», y trazó una enorme cruz de tiza en la puerta. Después volvió al castillo y se acostó. El perro llegó poco después a depositar a la princesa en su habitación. De vuelta a la casa en la que vivía el soldado, vio la cruz de tiza pintada en la puerta. Ni corto ni perezoso, cogió otro trozo de tiza y, el muy astuto, marcó todas las puertas de la ciudad con una cruz. Así la dama de la corte ya no podría distinguir cuál era la puerta exacta, puesto que todas estaban marcadas con una cruz.



A la mañana siguiente, el rey y la reina salieron temprano, junto con la vieja dama y con todos los oficiales de la corte, para ver dónde había estado la princesa.

–¡Allí! –dijo el rey al ver una cruz en una puerta.

–¡No, querido! ¡Es allí! –exclamó a su vez la reina, al ver otra puerta marcada.

–¡Y allí hay otra! ¡Y allí otra! –decían todos señalando con el dedo todas las puertas marcadas con una cruz. Enseguida se dieron por vencidos, al ver que de nada serviría seguir buscando.

Pero la reina era una mujer muy ingeniosa y tenía mucho mundo, que no todo era dar paseos en carroza. Con sus grandes tijeras de oro cortó a trozos un gran retal de seda y confeccionó una bolsita; la llenó de harina negra muy fina y la cosió a la espalda de la princesa. Cuando hubo terminado, hizo un agujerito en la bolsa, para que la harina fuera esparciéndose por el camino.

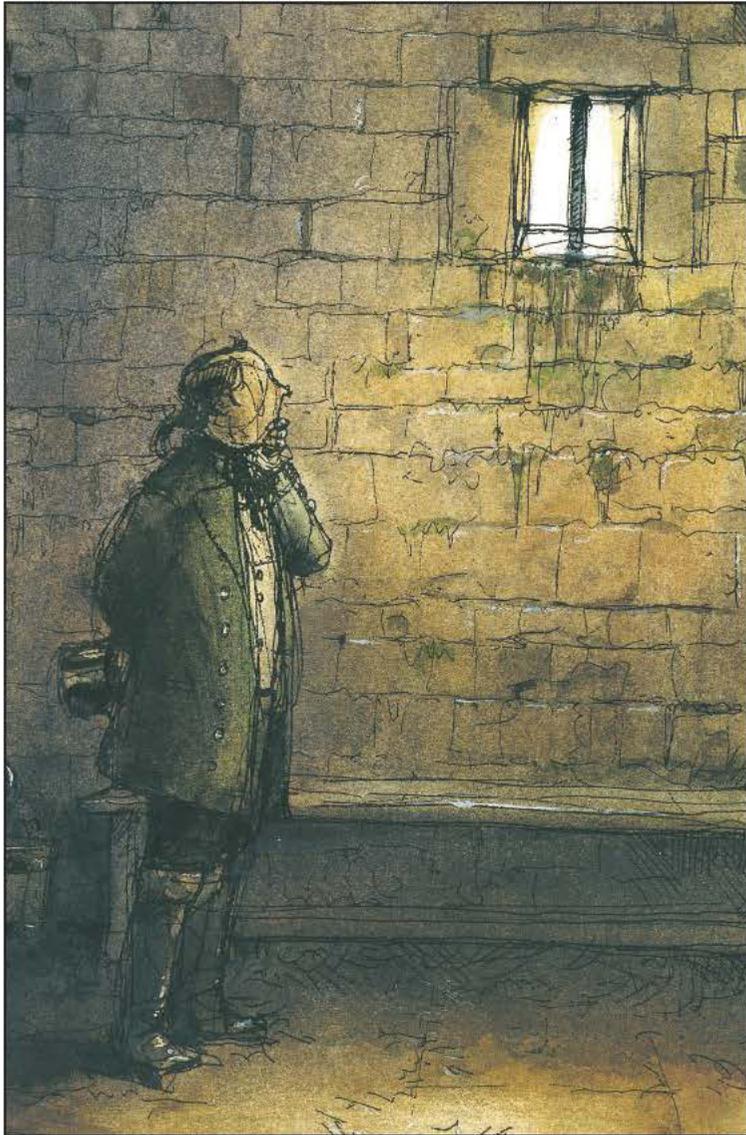
Por la noche volvió el perro a buscar a la princesa, la subió a su lomo y corrió a ver al soldado, que tanto quería a la princesa, y que en sus sueños deseaba ser un príncipe para casarse con ella. El perro, que no se dio cuenta de que la sémola iba dejando rastro desde el castillo hasta la ventana del soldado, trepó por el muro con la princesa a cuestas.

Por la mañana, el rey y la reina descubrieron fácilmente dónde había estado su querida hija, arrestaron al soldado y lo hicieron prisionero.

¡Oh! ¡En qué celda más oscura y lúgubre lo metieron! Y, encima, sentenciaron a bocajarro:

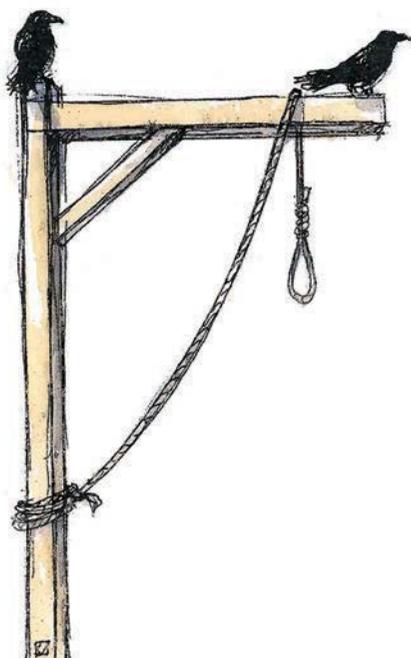
–Mañana serás ahorcado.

Desde luego, al soldado no le hizo ninguna gracia, porque además se había olvidado el mechero en la habitación de la posada. A la mañana siguiente, a través de los barrotes del ventanuco, vio cómo llegaba la gente de la ciudad, ansiosa por presenciar la ejecución. Oyó los tambores y vio desfilar a los soldados. Todo el mundo iba corriendo; había entre el gentío un aprendiz de zapatero



remendón vestido con su delantal de cuero y sus zapatillas; corría tan rápido que una de las zapatillas se le salió del pie, voló por los aires y fue a parar directamente al muro desde el que el soldado contemplaba la escena.

—¡Eh, aprendiz, no corras tanto! —gritó el soldado—. Tranquilo, hombre, que el espectáculo no va a empezar sin mí. ¿Puedes hacerme un favor? ¿Puedes ir lo más rápido que te lleven las piernas a la casa donde yo vivía y traer mi encendedor? Te daré cuatro monedas. ¡Pero tienes que correr como una centella!



Al aprendiz de zapatero lo sedujo la idea de ganarse las cuatro monedas y salió como una flecha a buscar el mechero; luego, se lo entregó al soldado y... ¡ahora empieza lo mejor del cuento!

A las afueras de la ciudad habían levantado un imponente cadalso; alrededor de él hacían guardia muy firmes los soldados y se agolpaban cientos

de miles de personas. El rey y la reina estaban majestuosamente sentados en sus tronos, delante del tribunal de jueces y del consejo.

Cuando el soldado ya estaba preparado en lo alto de la horca, con la soga al cuello, dijo que en estos casos siempre se concedía al pobre condenado un último deseo inocente antes de la ejecución. Y pidió que le dejaran fumarse una pipa, ya que iba a ser la última pipa que disfrutaría en este mundo.

El rey no se atrevió a negarle este deseo, y el soldado tomó su encendedor, lo chiscó ¡una, dos y tres veces! y, al instante, aparecieron todos los perros, el de los ojos grandes como tazas de té, el de los ojos como ruedas de molino y el de los ojos como torreones.

–¡Deprisa! ¡Ayudadme a escapar de la horca! –gritó el soldado.

Entonces los perros se abalanzaron sobre los jueces y los miembros del consejo, mordiendo a discreción piernas y narices, lanzando los cuerpos por los aires, tan alto que se rompían en mil pedazos al chocar contra el suelo.

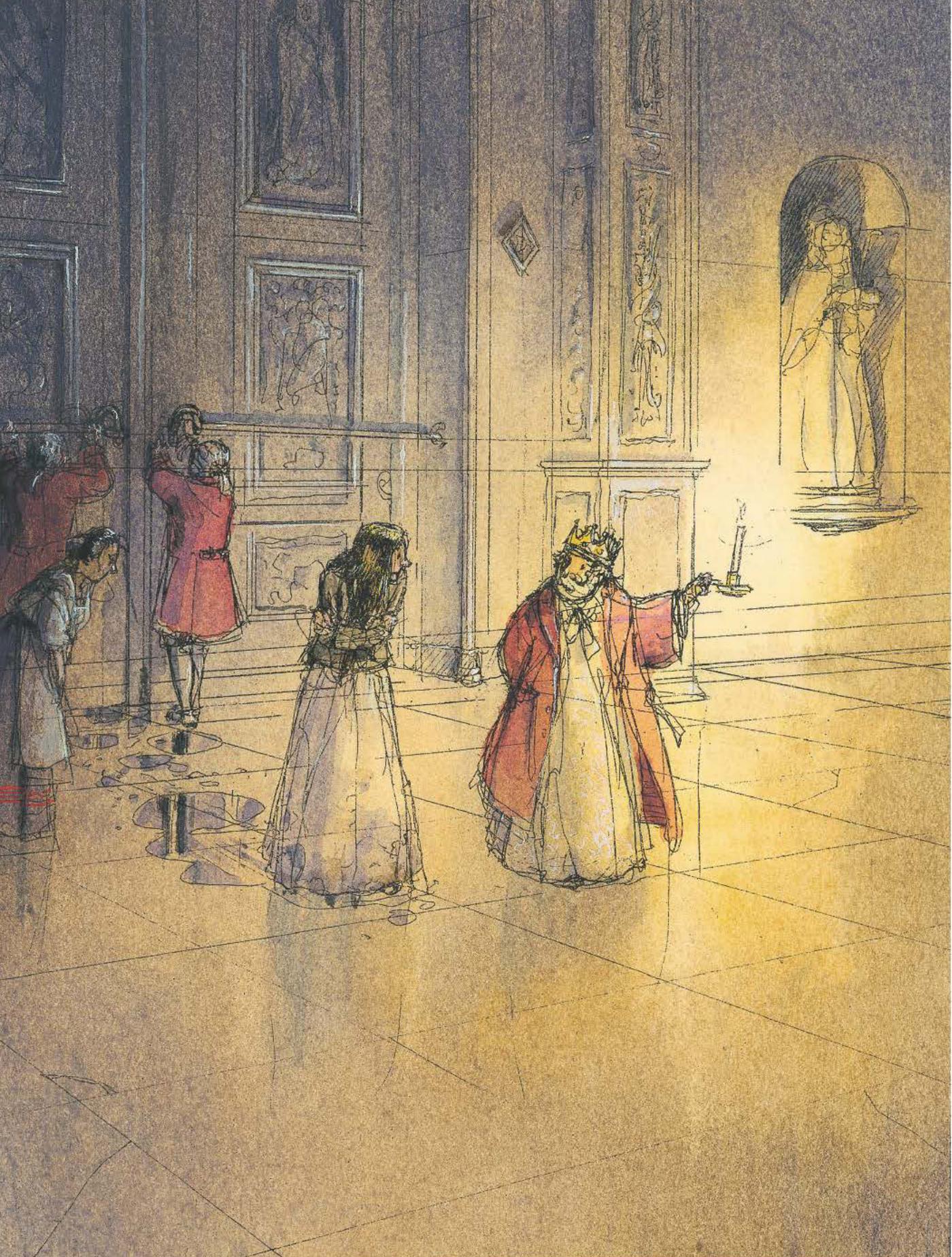
–¡No! ¡Soltadme! –gritaba el rey, pero el perro más grande lo atrapó, y a la reina también, y los lanzó a ambos por los aires, como a los otros.

Los soldados estaban aterrorizados, y la multitud gritaba:

–¡Soldado! ¡Tú serás nuestro rey, y te casarás con la hermosa princesa!

Llevaron al soldado en volandas hasta la carroza real, y los tres perros abrían paso y vitoreaban: «¡Hurra!», mientras los mozos del pueblo los aclamaban a gritos y los soldados presentaban armas. La princesa salió por fin del castillo de cobre y se convirtió en reina, y estaba encantada con el cambio. Las nupcias duraron ocho días, y los perros se sentaron a la mesa con los ojos abiertos como platos, dándoles vueltas y más vueltas.





• • •

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Érase una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero quería que fuera una princesa de verdad. Así pues, decidió dar la vuelta al mundo para ver si encontraba una. A decir verdad, princesas no faltaban, pero él no acababa de tener la certeza de que fueran auténticas princesas: siempre encontraba en ellas algo sospechoso. De modo que regresó de su viaje muy triste por no haber hallado lo que tanto deseaba.

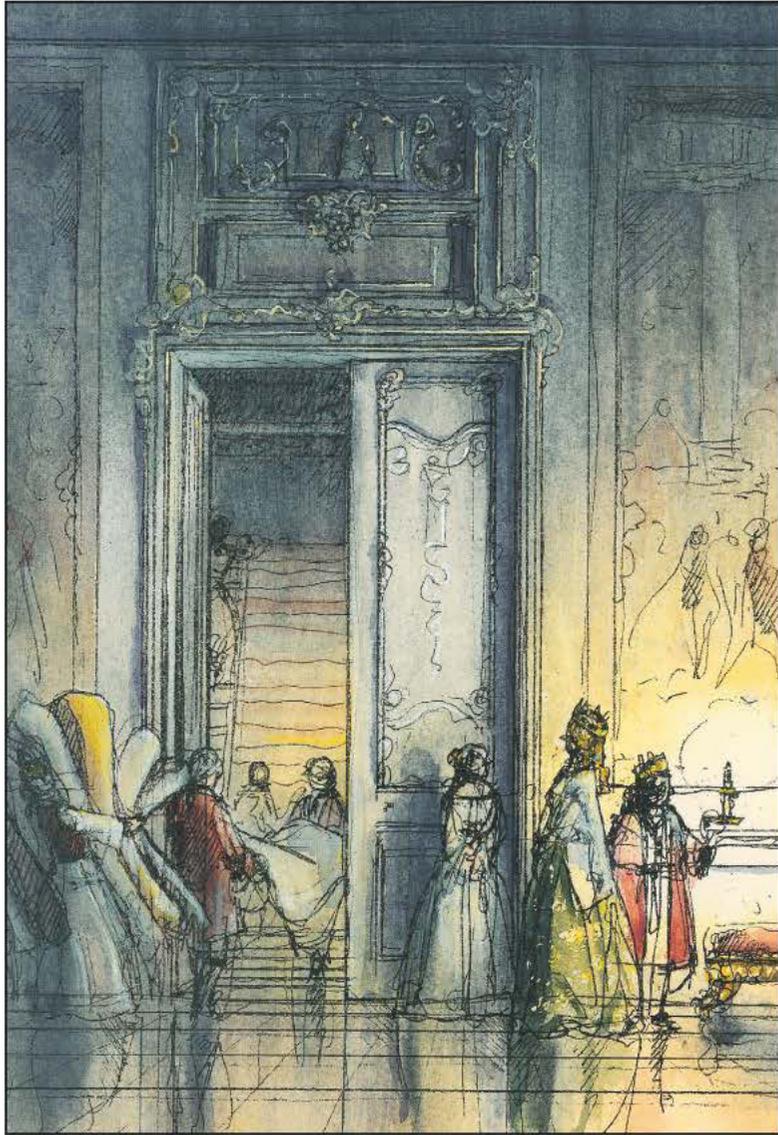
Una noche se desencadenó una terrible tormenta; restallaban los relámpagos, bramaban los truenos y la lluvia caía a mares. ¡Hacía un tiempo espantoso! Alguien llamó a la puerta del castillo, y el viejo rey fue corriendo a abrir.

Era una princesa. Pero, ¡santo cielo!, el agua le caía a chorros por el pelo y la ropa, se colaba por la punta de sus zapatos y le salía por los talones. Ella, no obstante, afirmaba que era una verdadera princesa.

«Eso lo averiguo yo enseguida», pensó la anciana reina. Y, sin decir nada, entró en la habitación, retiró de la cama las sábanas y el colchón y puso un guisante encima del somier. Luego cogió veinte colchones, los amontonó encima del guisante y los cubrió con otros veinte edredones.

Así preparó la cama para la princesa. A la mañana siguiente, cuando le preguntaron qué tal había pasado la noche, la joven respondió:

—¡Muy mal! ¡Casi no he podido pegar ojo en toda la noche! Sabe Dios lo



Títulos de la colección

MIS CUENTOS PREFERIDOS
DE LOS HERMANOS
GRIMM

MIS CUENTOS PREFERIDOS
DE HANS CHRISTIAN
ANDERSEN

LA ODISEA

EL LIBRO DE LAS FÁBULAS

LA LEYENDA DEL REY ARTURO
Y SUS CABALLEROS

Ofrecemos a nuestros lectores una selección de los cuentos más representativos de Hans Christian Andersen, con una cuidada edición, una adaptación de Jimena Licitra que conserva la naturalidad de los relatos originales y unas ilustraciones de Jordi Vila i Delclòs, a la vez poéticas y realistas, que se caracterizan por la fidelidad y la exactitud de su ambientación.

La narrativa popular en una colección que eleva estos cuentos a la categoría de clásicos universales.

ILUSTRACIONES DE JORDI VILA I DELCLÒS

